

## **Don Bosco, párroco de los muchachos sin parroquia**

---

Un documento que nos ayudará a conocer nuevos motivos para intuir y contemplar, una vez más, la obra de Dios en él y los dones que infundió el Espíritu en su corazón.

La fisonomía oratoriana de Don Bosco es fisonomía parroquial y misionera

El Oratorio es parroquia de los jóvenes pobres. Las misiones son la culminación territorial y pastoral del proyecto oratoriano. Y Don Bosco quiso ser párroco de sus muchachos en su original parroquia oratoriana; párroco en su parroquia oratoriana emigrante o en su parroquia oratoriana de los terrenos de la Casa Pinardi. La espiritualidad que animó el corazón de Don Bosco es la caridad pastoral-educativa, a cuyo ardor se fraguó el Oratorio y se universalizó el proyecto evangelizador y “civilizador” de Valdocco en los territorios de misión.

La riqueza, adaptabilidad e inventiva que caracteriza la pastoral oratoriana, connota a la parroquia en zonas marginales, a donde no llega la evangelización eclesial; o en sectores urbanos que hoy día se consideran como verdadera tierra de misión. Quiero reproducir, al final de estas reflexiones, una imagen presbiteral de sí mismo, que Don Bosco nos presenta dentro del marco de la vida parroquial de Castelnuovo, en el semestre que sigue a su Ordenación.

En esa pintura aparece la felicidad de los jóvenes que han encontrado para siempre a su pastor; y la del santo que puede, por vez primera, vivir con cierta plenitud su experiencia presbiteral.

Lo que dice en esta página nos revela esa llama interior que dará calor particular a toda su vida.

Al centro de su obra, de sus intuiciones pastorales, de su pedagogía; al centro y al comienzo de todo, en Don Bosco está el sacerdote, su corazón sacerdotal, su corazón de pastor: “Un tratado sobre Don Bosco confesor, director y guía espiritual en sus relaciones con cada uno, en la predicación popular, en la predicación de Ejercicios Espirituales, sería quizá lo mismo que reconstruir su acción pedagógica” –escribía hace poco una vez más, Pedro Braido-.

“En todo caso, la dimensión espiritual impregna y transfigura su acción educativa, ubicándola, a partir del nivel humano, en niveles de carácter cristiano y sobrenatural”.

“Aquel año (1841), al faltar el vicario de mi parroquia (Castelnuovo), lo suplí yo durante cinco meses. Experimentaba el mayor placer del mundo en el trabajo parroquial. Predicaba todos los domingos, visitaba a los enfermos, les administraba los santos sacramentos, excepto el de la confesión, pues aún no había sufrido el examen; asistía a los enfermos, llevaba al día los libros parroquiales, extendía certificados de pobreza o lo que fuese. Pero mi delicia era enseñar catecismo a los niños, entretenerme con ellos, hablar con ellos.

Muchas veces me venían a visitar desde Murialdo y, al volver a casa, iba siempre rodeado de ellos.

Cuando ellos llegaban a sus aldeas se hacían, a su vez, nuevos amigos: el resultado era que, al salir de la casa parroquial, iba siempre acompañado de una tropa de chicos, y, adondequiera que fuese, marchaba envuelto en una nube de amiguitos la mar de contentos.

Como tenía mucha facilidad para exponer la palabra de Dios, era a menudo buscado para predicar y hacer panegíricos en los pueblos vecinos”.

Siempre, en todo lo que haga Don Bosco, habrá una intencionalidad profunda, soberana, que lo acompaña: su único deseo será, dirá él en carta a Pedro Cercarelli, párroco de San Nicolás, en Argentina: el sagrado ministerio, especialmente en favor de la juventud pobre y abandonada”.

Siempre emerge en él el presbítero y la conciencia de su sacerdocio, el don fecundo de la paternidad espiritual, de la consanguinidad en la fe, en la cual genera cristianamente a sus hijos.

Al respecto escribía José Aubry en 1988, conmemorando el Centenario de Don Bosco: Su actitud esencial como padre fue la de dar a sus hijos a Jesucristo, y la de ponerlos en contacto íntimo y vivo con Él.

Con una insistencia y audacia que adquirirían entonces carácter profético, les distribuía estas tres riquezas que alimentan precisamente en nosotros la vida de hijos de Dios: la Palabra, el Perdón y el Cuerpo de Jesús.

Don Bosco fue un incansable catequista, un incansable confesor y un incansable mistagogo (esto es, educador que inicia en el misterio litúrgico y lo hace vivir). Pero el momento más bello de su paternidad, el servicio que lo llenaba de inusitada alegría, era el de repartir a sus hijos, en la mesa de Dios, el Pan de la Vida Eterna. Gozaba porque había alcanzado su objetivo: sus hijos se unían al Padre, juntamente con Jesucristo, en el misterio de amor de la Nueva Alianza...

Su corazón de niño, límpido como una fuente, caminó siempre con los jóvenes, conversó con ellos y con ellos se dirigía a Dios, llamándolo: ¡“Padre Nuestro que estás en los cielos”! “Quizá sea éste el mensaje supremo de Don Bosco, el de recordar que nada hay tan grande en el mundo como ser padre o madre y como ser hijos. No debe asombrarnos porque, en el fondo, ese es el misterio mismo de Dios”.

Pero, insiste el P. Egidio Viganó que no se puede llegar a una objetiva interpretación del sacerdocio de Don Bosco, si no se llega a Cristo Resucitado, vivo y presente, que no tiene sucesores, sino ministros, único Profeta de la verdad salvífica, y único “Sacerdote” de toda válida liturgia, único Pastor de la grey que peregrina en la historia, como lo veía la fe de Don Bosco y quería interpretarlo en todos los momentos de su pastoral sacerdotal, sembrando así en el alma de sus muchachos semillas de libertad y esperanza.

Las Constituciones de Los Salesianos terminan con un artículo que está en la misma tónica espiritual de estas palabras:

Seguimos al Cristo anunciado en el Evangelio y que hoy vive en la Iglesia y en el mundo y a quien descubrimos en Don Bosco que entregó su vida por los jóvenes. Esa es nuestra regla viviente (C. 196).

Seguimos al Cristo Profeta, Sacerdote y “Pastor eterno”, del cual Don Bosco, pastor y educador, ha sido verdadero sacramento vivo y palpitante para los jóvenes. Porque “Don Bosco quiso ser y fue sacerdote. Jamás se le ocurrió pensar en este ministerio como si se tratara de una simple función: siempre lo vio como una consagración transformante que lo había configurado íntimamente con Cristo, en cuyo nombre y persona vivía y actuaba”.

Hay que partir de esta óptica para entender su vida y su mensaje.

Podríamos concluir con las palabras de Pier Giovanni Grasso: “En esto, Don Bosco ha sido de una claridad y de una coherencia totales. Se desfiguraría la historia si se quisiese hacer de él un filántropo o sólo un educador y un reformador de la sociedad. Pues ha sido únicamente un sacerdote, un sacerdote que si se hizo educador y si se preocupó por la humanización y transformación de la realidad social, fue para mejor poder realizar su misión sacerdotal”.

### **Un presbítero que traducía en obras concretas su caridad pastoral**

Que, haciendo patente a través de las obras el sentido de fe que inspira su vida, cuestionaba y daba respuesta, a un mismo tiempo, a la insensibilidad religiosa propia del racionalismo y a la mentalidad laica de su tiempo. Y, además, que con su “propio estilo presbiteral” daba testimonio de la energía latente de caridad cristiana que animaba y daba forma, sentido y expresión originales, a su Sistema Educativo, y al espíritu de su pastoral popular y juvenil.

“Nuestro siglo nos conoce por la caridad que ejercemos: nos credidimus Charitati”. Cuando la gente vea que sí se hace algo por los chicos vagabundos, sacándolos de los peligros de las calles y educándolos, entonces “comenzará a creer en el amor de Dios que se manifiesta entre nosotros”, decía el Cardenal Lucido M. Parocchi, Vicario de Roma, el 8 de mayo de 1884, en una reunión salesiana, según el Boletín n. 6 de junio de ese mismo año. Para Don Bosco esa era una constatación evidente: tal vez en otra época un hombre de oración convencía; entonces, ya esto no era suficiente. Tenían que verse los hechos y por tanto era

necesario que la Congregación y los Cooperadores se unieran y trabajaran, según afirmaba en una conferencia pronunciada en Borgo, San Martín, el 1 de junio de 1880.

Don Bosco hablaba ante todo con el lenguaje de los hechos. Lo mismo que firmaba un contrato de trabajo para defender legalmente los derechos de un “aprendiz” empleado en un tallercito turinés, abría los patios de su Oratorio, y de par en par las puertas de su casa a los jóvenes. Y, ante todo, él era quien salía a su encuentro, o los buscaba y los acogía a su lado, llenando de seguridad y de regocijo su vida.

Es bella también esta página escrita por uno de sus más íntimos amigos: Don Bosco no se cansaba de acoger y de escuchar. Sin duda esas audiencias muchas veces le eran muy pesadas, pues lo debilitaban en extremo y acababa extenuado.

Si la serenidad era su estado habitual, no era porque le faltara razón para preocuparse.

Puede decirse que su vida entera fue una lucha constante contra las dificultades que a cualquiera otro habrían podido parecer insuperables. Millares de bocas recibían de él el pan cotidiano. ¡Cuántos trabajos que a la vez exigían urgente atención! El presupuesto para sus casas habría sido exorbitante para algunos pequeños estados. Y sin embargo

Don Bosco nada poseía, absolutamente nada. No por esto se debilitaba su confianza. Sabía perfectamente que la bondadosa Virgen no abandonaría a sus hijos; y, en efecto, cuando todo parecía humanamente comprometido y perdido, llegaban los recursos sobrenaturalmente y en el momento preciso.

Surgían además inesperadas vocaciones y nueva y fecunda savia que vigorizaba esta portentosa Obra.

Don Bosco considerábase siempre como un deleznable instrumento de la Divina Providencia.

Jamás contaba con sus propias fuerzas; su humildad era profunda y absoluta. A menudo repetía: María Auxiliadora es quien trabaja por Don Bosco; sin ella Don Bosco sería un sacerdote ignorado, escondido en la última parroquia del Piamonte. “Mi querido amigo, decía un día a uno de sus antiguos condiscípulos, si Dios hubiese encontrado un sacerdote más pequeño, más débil y sobre todo más inútil que Don Bosco seguramente le hubiera encomendado esta obra. Por lo que a mí toca yo debía estar al servicio de un pobre lugarejo de montaña: es todo lo que merezco”. Pocos hombres hemos visto más francamente simpáticos. Uno se sentía atraído por él como por un encanto secreto, cierto filial afecto se unía luego a los sentimientos de veneración que inspiraba.

Sus ojos grises claros brillaban de un modo extraordinario, y su mirada penetraba en lo más profundo del corazón. Como alguien observara un día que nada escapaba a su vista, si bien tenía casi de continuo los ojos bajos. Yo veo mejor sin mirar, respondió con finura.

Era de natural alegre, despierto y sus respuestas, a veces, de una agudeza y oportunidad encantadoras. ¡Cuán bella es la piedad tan amablemente revestida! Con gusto dejamos de nuevo la palabra a uno de los hijos de Don Bosco, el teólogo Don Jacinto Ballesio, quien con los más naturales y delicados colores ha pintado la fisonomía de su padre:

“Lo que la historia no acertará a decir es la profunda realidad de su vida íntima; su continuo sacrificio, tranquilo, dulce, invencible y heroico; su solicitud, entrañable amor a nosotros sus hijos; la confianza, estima y veneración que nos inspiraba; su grande autoridad; el tipo de perfección que era para nosotros. Difícilmente podrá describir la suave dulzura con que su palabra, su mirada, un solo ademán suyo llenaban de regocijo nuestros corazones.

Necesario es haberlo visto y haber vivido a su lado. No había obstáculo que no venciese, y con frecuencia cambiaba en amigos, en admiradores y bienhechores a los que sin conocerle o conociéndole mal, le despreciaban, calumniaban y perseguían. Al mismo tiempo que trataba de infundirnos profundamente la religión, enseñarnos y acostumbrarnos al trabajo, se empeñaba en que estuviésemos siempre alegres. ¡Quién podrá expresar el contento de aquellos juveniles años! Don Bosco era el alma: ésta era su divisa: *Servite Domino in laetitia*. La santa alegría era la corona de todos los trabajos.

Mil veces oímos de los labios de Don Bosco estas palabras: estad alegres, y, al ser pronunciadas por él tenían un efecto mágico; disipaban todas las tristezas. Si un niño se le presentaba sombrío, una palabra bastaba para que tornara al estudio animoso y radiante de contento. Este admirable poder cuyo secreto, al igual que San Felipe Neri, poseía, a pesar de nuestra pobreza y trabajos, hacía plácida, gozosa, entusiasta y casi para todos inefablemente dulce la vida”.

### **Bibliografía**

Fernando PERAZA L. SDB. “La parroquia salesiana en la Iglesia particular”, CSR, Talleres Abya-Ayala, Cayambe, Ecuador, 1993, p. 119.

“La experiencia pedagógica de don Bosco”, Las-Roma, 1989, p. 78. MO., [38].

Eugenio CERIA, “Epistolario di San Giovanni Bosco”, SEI, Torino. vol 2, 1956, carta 430

“Don Bosco Educatore o La Promozione Della Paternita”. En “Don Bosco in terza página. La stampa e il fondatore dei salesiani”. A cura de Giuseppe COSTA. Instituto Teológico S. Tomaso. Messina, 1991, pp. 74-83.

”Mistero e storia, dono e profezia del Concilio”. SEI. Turín, 1986, p. 110. Cfr., “Lumen gentium”, n. 18; n. 21; n. 28.

“Presbyterorum Ordinis”, 2.

Egidio VIGANÓ, Roma, 17 de enero de 1988. “Contemporaneità di Don Bosco nella società di ieri e di oggi”. En “Don Bosco educatore oggi”, Zurich-Pas Verlag, 1963, p. 31.

Boletín Salesiano, n. 8 de julio-agosto y siguientes.

Carlos D’ESPINEY, o. c., pp. 80-82.